

MEDITACIÓN XLVI

MARTES SANTO.—*Jesús llora sobre Jerusalén.*  
*Contemplación*

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar las acciones.

PRIMER PRELUDIO.—Cuando el Salvador hubo llegado cerca de Jerusalén, mirando la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: «¡Ah! si al menos en este día en que todavía tienes tiempo, conocieses lo que puede proporcionarte la paz!.... Pero no; todo eso está ahora oculto á tus ojos. Vendrá un día en que tus enemigos te cercarán, te rodearán y hostigarán por todas partes. Te desmoronarán y no dejarán piedra sobre piedra de las murallas que te cercan, porque no has querido conocer el tiempo de tu llamamiento (1).»

SEGUNDO PRELUDIO.—Representarse el camino de Bethphage á Jerusalén alfombrado de follaje y atestado de una alegre muchedumbre, en medio de la cual viene Jesús rodeado de la pompa de un modesto triunfo. En su rostro se dibuja una mezcla de satisfacción y de tristeza.

TERCER PRELUDIO.—Pedir al Corazón de Jesús que nos enseñe á asociarnos á los sentimientos de compasión que le ocasionan la ceguedad y la perdición de los pecadores.

(1) Luc., XIX, 41 etc.

PUNTO I

Contemplar las personas

En Jerusalén los enemigos del Salvador y los indiferentes. El piensa en ellos, en sus males, en sus desdichas, más aún que en aquellas muestras de estimación y afecto que se les dispensan. Los primeros oyen con encono el relato del milagro de la resurrección de Lázaro, que es el tema de todas las conversaciones y que aumenta tan extraordinariamente la estimación de Aquel cuya gloria los confunde; ellos se irritan al ver la satisfacción de los admiradores de Jesús, y el afán con que se apresuran en salir de la ciudad para ir á su encuentro. Los segundos, engolfados en los negocios ó en los placeres, tan sólo conceden una escasa importancia á las cuestiones religiosas, y casi no reparan en aquel bullicio y animación. Fuera de Jerusalén contemplemos á esos grupos numerosos, que rivalizan en celo para manifestar su respeto y amor á ese glorioso Hijo de David, que *hizo bien todas las cosas*.... (1).—Los Apóstoles, rebotan de júbilo al ver que al fin se reconoce el justo mérito de su Maestro, menospreciado durante tanto tiempo: ahora le ven honrado como se merece.... todas las bocas publican sus alabanzas, no se oyen sino voces de bendición, no se ven sino señales de júbilo.....—Jesús, cuya presencia es motivo de tanta alegría, y al cual se dirigen todos esos himnos de triunfo, sólo El halla un motivo de pena en esa lisonjera manifestación. Mira á Jerusalén y llora. ¡Ah, cuán frívolos son los pensamientos de los hombres! ¡Ah, cuán cierto es que un alma religiosa, que mira las cosas bajo el punto de vista de la fe, halla muy á menudo motivos de pena allá donde otros no encuentran sino júbilo y alegría! Jesús llora sobre una ciudad que le crucificará,

(1) Marc., VII, 37.

y sin embargo nosotros sabemos que El desea ardentemente el instante en que nos bautizará con su Sangre..... ¿A qué, pues, estas lágrimas, siendo así que El desea esta muerte con la cual se terminará su triunfo? ¡Ah!, hé aquí puesta de relieve la naturaleza del corazón de ese amigo tierno y generoso: ama los sufrimientos que nos han de proporcionar la salvación; nuestros males le arrancan del pecho hondos gemidos..... y á nosotros, ¡ah, nada nos conmueve, ni nuestros males, ni su amor!

### PUNTO II y III

#### Escuchar las palabras y considerar las acciones

El Hijo de Dios, recordando todo lo que El hizo por esta ciudad culpable, y lo que ella hará para colmar la medida de sus crímenes, no se contenta con llorar sobre ella; sino que, con el fin de instruirnos, quiere que conozcamos la causa de sus lágrimas. Se adolora porque prevé el nuevo abuso que Jerusalén hará de sus gracias, no aprovechándose de esta última visita: «¡Oh, si al menos en este día, que es aún tu día, ¡oh! ciudad ingrata, *in hac die tua*, y que puede ser aún el día de tu salvación, quisieses conocer lo que vengo á ofrecerte, brindándote con la paz.....! *Si cognovisses..... quæ ad pacem tibi.....!*» Y ¡ya no habla!... sus lágrimas y su silencio dicen lo demás.

¿No ha pasado aún, pues, el tiempo de la misericordia para esta ciudad culpable? No, pero pasará pronto, no se trata ya sino de un día. ¡Ah! ¿y qué otra cosa es la vida entera comparada con la eternidad? ¡Cuán rápida se desliza! Si en ese afortunado día, Jerusalén, abriendo finalmente los ojos á la verdad, hubiese recibido á su Salvador con la misma buena voluntad con que la muchedumbre le aclamaba; si todos sus habitantes hubiesen tomado parte, según debían, en aquel triunfo..... la victoria de Jesucristo hubiera resultado completa; hubiera dado libre desahogo á su júbilo, en vez de derramar lágrima-

mas; Jerusalén hubiese sido para siempre la ciudad predilecta del Señor y la reina de las naciones. Del mismo modo, no hay pecador por cerca que esté de caer en el abismo, el cual no pueda volver á Dios y recobrar la paz; pero es menester que él lo quiera. ¡Ah! ¿Querrá hacerlo así? Jerusalén rehusa empedernida. No quiere considerar ni los bienes que pierde, ni los males que atraerá sobre sí, ni los crímenes con que está manchada, ni tampoco el que va á cometer: *Nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis*. Ella ha despreciado la oportunidad de salvarse ¿qué le espera? *Venient dies in te*. Los días de la cólera sucederán á los días de la clemencia; la eternidad de todo un Dios vendrá á reemplazar el día del hombre: visitará indignado á los que rehusaron recibirle cuando iba á visitarlos con amor: *Et circumdabunt te inimici tui vallo..... et coangustabunt te undique; et ad terram prosternent te..... et non relinquent in te lapidem super lapidem, eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ* (1). Hé aquí lo que pone el colmo á la aflicción del Corazón de Jesús, en medio de esa explosión de júbilo que excita su presencia. ¡Ah, sus lágrimas debieran enternecer hasta los corazones más endurecidos y llenar de compasión á los más rebeldes! Llego hasta concebir cómo se resista á las promesas y á las amenazas, ¿pero cómo es posible resistir á las lágrimas de un Dios? ¿Qué deberemos pensar de un culpable que menosprecia á su juez, en el mismo instante en que ese juez lloroso le dice: «Evítame la pena de condenarte, pues bien ves cuanto te amo?»

¡Oh Sacerdote! hazte cargo ante la vista de estas lágrimas divinas de la desdicha de la impenitencia, del desorden de las pasiones, de la malicia del pecado, de la locura de los placeres del mundo..... pero sobre todo hazte cargo de la caritativa compasión del Corazón de Jesús. Al considerar esta aflicción tan profunda, deduce cuál será el exceso de su ternura para con todos los hombres, y con cuánto dolor

(1) Luc., XIX, 43, 44.

verá perderse los pecadores. Pídele la gracia de llorar con El sobre la triste condición de esas almas que El ama hasta el punto de morir por salvarlas, y que sin embargo no podrá salvar ni aun muriendo por ellas... Trabaja sin descanso, pide y procura que pidan por la conversión de los pecadores.

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplar las personas.*—En Jerusalén, los enemigos del Salvador y los indiferentes. Los primeros se irritan al ver la satisfacción de los admiradores de Jesús; los segundos hacen caso omiso de todo.—Fuera de Jerusalén, los numerosos grupos rivalizan en celo para manifestar su afecto al que *hizo bien todas las cosas*. Los Apóstoles, rebotan de júbilo al ver que se rinde justicia al mérito de su Maestro. Sólo Jesús, objeto de esta ovación, en medio de aquella ruidosa manifestación, halla motivos de lágrimas. Ama los sufrimientos que nos han de salvar; le arranca amargas lágrimas nuestra ceguedad que nos pierde.

PUNTOS SEGUNDO Y TERCERO.—*Escuchar las palabras y considerar las acciones.*—Jesús se acongoja al prever el nuevo abuso que Jerusalén hará de su misericordiosa visita que será la última: «Tienes un día aún ¡oh ciudad ingrata! y puede ser este el de tu salvación. ¡Ah, si abrieses los ojos!...» Sus lágrimas dicen todo lo demás. No hay pecador que no pueda volver á Dios: lo que importa es que él quiera. Si rehusa hacerlo, á los días de la clemencia sucederán los de la cólera.—¿Qué deberemos pensar de un culpable que menosprecia á su juez, en el mismo instante en que este lloroso parece decirle: «Evítame la pena de condenarte, pues bien ves cuánto te amo?» ¡Oh Sacerdote! aprende de estas lágrimas divinas cuán grande sea la desdicha de la impenitencia, y cuán inmensa y caritativa la compasión de Jesús.

#### MEDITACIÓN XLVII

MIÉRCOLES SANTO.—*Jesús lava los pies á sus apóstoles*  
*Contemplación*

- I. Considerar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar las acciones.

PRIMER PRELUDIO.—Al final de la Cena, Jesús, que sabía que su Padre todo lo había puesto en sus manos, y que había venido de Dios y que á Dios había de volver, se levanta de la mesa... y empieza á lavar los pies á sus discípulos... (1) La humildad de San Pedro inútilmente quiere oponerse á la del Hijo de Dios. Pedro cede. Después que el Salvador hubo lavado los pies de todos, se sienta nuevamente y les explica la significación de lo que acaba de realizar.

SEGUNDO PRELUDIO.—Representarse el Cenáculo tal como Jesucristo lo describió de antemano: *Cenaculum grande, stratum*: ver al Divino Maestro sentado en medio de sus discípulos.

TERCER PRELUDIO.—¡Oh Jesús! concededme la gracia de imitar los hermosos ejemplos, y de practicar las lecciones de humildad y de caridad, que me habéis dado en este misterio.

#### PUNTO I

*Contemplar las personas*

Jesucristo. Reconoce su soberana autoridad y omnipotencia: *Sciens quia omnia dedit ei Pater in manus*; conoce lo que es, de donde viene y adonde va: *Quia á Deo exivit et ad Deum vadit*. ¿Blasonará de esto acaso para exigir que se le usen las atenciones

(1) *Sciens (Jesus) quia omnia dedit ei Pater in manus... surgit a cena..... et cepit lavare pedes discipulorum.* (Joan., XIII, 3.)

que le son debidas? No: lo único que se propone es dar nueva y mayor fuerza á la lección de humildad que piensa darnos: *surgit a cena*. Parece que en este momento su adorable Persona tiene algo más de augusto que de ordinario.—Los Apóstoles. Están atentos y meditabundos; se advierte en ellos una especie de respetuosa curiosidad. Parece que presienten que se va á realizar un gran misterio.—Pedro: vedle cómo se conturba y desconcierta cuando ve á su Maestro que se le acerca y se dispone para lavarle los pies!—Judas: está sombrío y silencioso! Parece insensible en medio de la general emoción. Observamos lo que va á realizarse y no perdamos ni un detalle de esta tan instructiva y tierna escena.

### PUNTOS II y III

#### Considerar las acciones y escuchar las palabras

Después de la cena: *Cæna facta*, estando aún los Apóstoles sentados á la mesa, Jesús se levanta. Se quita sus vestiduras, se ciñe con una toalla, echa agua en una bacia..... ¿Qué querrá hacer? ¿Cuál no será el estupor de los que ven esos preparativos, y cuál no debiera ser nuestro asombro si pensásemos en ello? ¡Cómo! ¿El Criador del universo, el Señor de cielos y tierra se postra á los pies de los hombres para hacer con ellos el oficio de un criado? ¿Jesús habrá olvidado acaso que es Dios de Dios, esencialmente igual á su Padre, que bien pronto su santa Humanidad será glorificada y que el Señor le dirá: «Siéntate á mi derecha hasta que Yo ponga á tus pies tus enemigos para que te sirvan de escabel?» ¡Ah! El lo sabe, é importa que no lo olvidemos nosotros, para que la idea de sus grandezas nos ayude á comprender más y más el misterio de sus humillaciones.

Llega á Simón Pedro y se arrodilla delante de él..... Pedro confundido se levanta y arrodillándose á

su vez, exclama: *Domine, tu mihi lavas pedes!....* ¡Cómo, Señor! ¿Vos, á quien yo amo como á Cristo é Hijo de Dios vivo, os rebajaréis hasta lavar me los pies, y yo lo habré de permitir? Jesús le responde: «*Quod ego facio, tu nescis modo, scies autem postea.* ¡Oh Pedro! No quieras escudriñar la profundidad de mis designios. Lo que Yo hago tú no lo entiendes ahora, más tarde lo comprenderás. ¿Ignoráis qué pureza sea necesaria para recibir el Manjar con que os quiero regalar?..... ¿ignoráis á qué dignidad y ministerios os tengo reservados?.....» ¡Ah, cuántas cosas se nos ocultan en la conducta que Dios observa para con nosotros! Arrojémonos en brazos de la Providencia, acatemos y adoremos sus designios... ¡Cuántos misterios se nos descubrirán en el tiempo, y sobre todo en la eternidad! Al oír estas palabras, Pedro dirige una mirada á Jesús; se queda por un instante perplejo é indeciso; pero casi en seguida vuelve á su primera determinación y no puede permitir que su Maestro le preste tan bajo oficio. «No, jamás me lavaréis los pies: *non lavabis mihi pedes in æternum.*» Pedro lleva la resistencia hasta el último extremo. Conviene que nos reconozcamos indignos de los beneficios de Dios; pero cuando El ordene una cosa entonces debemos obedecer. La humildad que rehusa los dones de Dios cuando El los ofrece, degenera en orgullo y presunción. Jesús va á dar una respuesta que pondrá término á la cuestión: «*Si non laveris te, non habebis partem mecum:* obedeces ó dejas de ser considerado como mi discípulo; ya no te contaré entre los míos.»—La amenaza es terrible..... ¡Estar separado de Jesús, no tener participación en su reino!..... A esta consideración Pedro se estremece: «¡Ah Señor! si es así, lavadme no tan sólo los pies, sino las manos y la cabeza.» Aquí el Señor entiende corregir otro exceso, á saber, el exagerado temor de ciertas almas pusilánimes, á las cuales ninguna penitencia, ninguna confesión ni preparación logran tranquilizar: *Dicit ei Jesus: Qui lotus est, non indiget nisi ut pedes lavet.* «El que ya se ha lavado en las aguas del Bautismo, ó en las de la Peniten-

cia, ya no necesita ser purificado, sino de aquellas manchas que son inevitables á la humana fragilidad.» Después de esto el Hijo de Dios lavó los pies al Jefe de los Apóstoles dejándolo conmovido hasta derramar lágrimas, inflamado de amor, y con el corazón lleno de los más puros y dulces consuelos. Estos son los frutos de la obediencia, inseparable siempre de la verdadera humildad.

Después de lavar los pies á Pedro, el Salvador procede á lavárselos á los demás: yo le veo á los pies de Judas. Este desgraciado no se conmueve ni al ver á su divino Maestro en aquel estado, ni al saber que Jesús conoce el estado de su alma. Mira con criminal frialdad al Señor de los señores prosternado lavándole y enjugándole los pies..... ¡Ese exceso de bondad y condescendencia no llega á ablandar su corazón!.... ¡Y mi corazón es menos endurecido acaso? ¿En qué estado veo yo cada día á Jesucristo en el Sacramento del Altar? Despojado de todo el esplendor de su Divinidad, y hasta de la misma forma de su Humanidad, El se esconde bajo viles apariencias, para trocarse en mi alimento, para ser mi víctima..... Los santos Sacerdotes y los piadosos fieles no pueden contemplarle en ese anonadamiento sin sentirse embarcados de vivos sentimientos de amor, sin derramar lágrimas de devoción; y yo..... le estrecho entre mis manos, le recibo en mi corazón, le siento dentro de mí mismo..... ¡acaso sin experimentar ningún transporte de amor, ningún afecto de ternura!.... ¡Oh Jesús! curadme de esta insensibilidad, si es que os ofende; más si ella no ha de servir sino para mi confusión ¡ah! entonces concededme la gracia de que yo me resigne á ello con paciencia. Judas acaba de oír una palabra que hubiera debido partirle el corazón. «Vosotros estáis limpios, pero no todos.» ¡Ya no cabe duda pues, la traición se ha descubierto; Jesús habla de este modo para avisarle, para dirigirle un último amoroso llamamiento..... ¡Cuántos solícitos avisos de la gracia emplea el Salvador para volverlo al buen camino! Pero todo es inútil: las más tiernas muestras de misericordia no le ablandan.—¡Ah, y

hasta qué abismo de iniquidad puede la pasión llevar el corazón de un apóstol!

El Salvador se reviste de sus vestiduras, se sienta nuevamente á la mesa, y da á todos esta sublime lección: *Scitis quid fecerim vobis?* «En el transcurso de los siglos muchos leerán la narración de lo que Yo acabo de hacer, sin comprender acaso la significación de este acto; pero, decidme, ¡oh mis amados Apóstoles! vosotros al menos ¿comprendéis lo que Yo acabo de hacer? Vosotros me apellidáis vuestro Maestro, y decís verdad, porque en efecto Yo lo soy. Si por tanto Yo, vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies..... ¡con cuánta más razón deberéis vosotros estar dispuestos á prestaros mutuamente semejantes oficios?»

¡Oh humildad! ¡Oh caridad! virtudes tan recomendadas y admirablemente practicadas por Jesucristo, ¿sois acaso bastante conocidas por sus discípulos y hasta por sus ministros?—Sin embargo no basta conocer estas virtudes: es preciso practicarlas: «*Si hæc scitis, beati eritis si feceritis ea.* Sí; en eso consiste la dicha: *beati*; el Cielo se os da á este precio: *si feceritis.* ¡Oh, dichoso de aquel Sacerdote que se humilla con su Maestro, que se ejercita con El en obras de celo y de caridad, con El se inmola para la gloria de Dios y la salvación de sus hermanos! ¡Qué gozos tan puros, qué tesoros de gracias se esconden bajo ese exterior modesto, caritativo, paciente, trabajador! ¡Qué vida tan dulce! Yo la alcanzaré esforzándome en juntar constantemente á una humildad sincera una ardiente caridad; no temiendo nunca rebajarme cuando se trate de servir á Dios, á quien yo veré siempre en la persona de mis hermanos.

### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplar las personas.*—Jesucristo conoce su grandeza: no se sirve de ella sino para dar más fuerza á la lección de humildad que nos quiere dar.—Los apóstoles en general: cierta curiosidad se manifiesta en sus rostros.—Pedro, turbado, desconcertado cuando ve que su Maestro quiere lavarle los pies; Judas, muy inquieto é insensible.

PUNTOS SEGUNDO Y TERCERO.—*Considerar las acciones, escuchar las palabras.*—Acabada la cena, Jesús se levanta, se quita parte de sus vestidos.... ¿qué quiere hacer? Se llega á Simón Pedro.... Este confundido, se postra y grita: «¿Cómo, Señor? ¿Vos me laváis á mí los pies?—«Pedro, lo que Yo hago tú no lo comprendes ahora: lo comprenderás más tarde.» Dejemos á Dios los secretos del porvenir, y abandonémonos en manos de su Providencia. Pedro intenta en vano resistir todavía: su humildad queda vencida por la humildad de Jesús.—Después de Pedro el Salvador pasa á los otros; ahí lo tenéis á los pies de Judas, cuyo corazón permanece insensible ante tan conmovedora bondad.—¿Y mi corazón es acaso menos insensible después de la Comunión?—Jesús vuelve á tomar sus vestidos, y termina la ceremonia con estas graves palabras: «Vosotros me llamáis vuestro Maestro: y lo soy verdaderamente: si Yo os he lavado los pies ¿cuánto más debéis vosotros estar dispuestos á prestaros semejantes servicios unos á otros!»

### MEDITACIÓN XLVIII

JUEVES SANTO.—*Institución de la Eucaristía y del Sacerdocio*

«En el Cenáculo, del mismo modo que se realiza algo más que una cena, también se establece algo más que un sacrificio. Hay la institución de un nuevo sacerdocio. En efecto ¿cómo hubiera Jesús podi-

do decir á los hombres: *Si no coméis mi Carne y no bebéis mi Sangre no tendréis la vida en vosotros*, si El no hubiese querido establecer un ministerio por el cual había de renovarse hasta la consumación de los siglos aquello mismo que acababa de realizar en presencia de los doce apóstoles? Ahora bien, hé aquí lo que dijo á esos hombres que escogía: *Haréis esto en mi memoria*. Con estas palabras les dió á ellos también el poder de cambiar el pan y el vino en su Cuerpo y Sangre: y este poder sublime se transmitió á la Iglesia, y durará hasta el fin de los siglos. Jesús continuará obrando por el ministerio de hombres mortales y pecadores la maravilla que había realizado en el Cenáculo; y al mismo tiempo que El da á la Iglesia el único é inmortal sacrificio, nos concede á nosotros aquel Pan celestial que nos había prometido y mediante el cual podremos *vivir en El, y El en nosotros*. (1).

Estas dos instituciones reunidas encierran dos poderosos motivos de agradecimiento que formarán hoy el argumento de nuestra meditación. El primero atañe á todos los fieles: *Accipite et manducate, hoc est corpus meum*.... *accipite et bibite, hic est sanguis meus*. El segundo se refiere en modo particular á los Sacerdotes: *Hoc facite in meam commemorationem*.

I. Amor de Jesucristo hacia los hombres patentizado en la institución del misterio de este día: *Hoc est corpus meum*.

II. Amor particular de Jesucristo para con los Sacerdotes: *Hoc facite in meam commemorationem*.

### PUNTO I

Amor del Salvador hacia los hombres patentizado en la institución del misterio de este día

La Eucaristía es el testamento del Hijo de Dios que va á morir; es un don particular; es como la última prenda de su amor. ¿Y cuál es este don? ¿A

(1) D. Guéranger. *Ann. liturg.*